TRIBUNA

JORDI SOLÉ TURA

Diputado en el Parlament por el PSC. Catedrático de Derecho Constitucional. Decano de la facultad de Derecho de Barcelona. Redactor de la Constitución. Autor de diversos libros, entre ellos 'Nacionalidades y nacionalismos en España'



La apertura al centro del nuevo primer ministro francés, **Michel Rocard**, es un acontecimiento de fondo que delata muy importantes cambios en la división de la sociedad. En opinión del articulista, las tres nuevas clases son: la de quienes detentan el poder financiero; la que engloba a viejos sectores comerciales y de servicios, y la de quienes tienden a quedar marginados

El sentido del nuevo Gobierno francés

LA formación del nuevo Gobierno francés de **Michel Rocard** es un acontecimiento político que todos deberíamos meditar a fondo. Más allá de los avatares de su constitución y de las mayorías con que cuenta, creo que el Gobierno de **Rocard** es la culminación de un proceso muy acelerado que en pocos años ha cambiado el panorama político francés. Es, por así decir, la tercera fase de un proceso que se inició con la primera victoria de **Mitterrand** y la subsiguiente mayoría absoluta de los socialistas en las elecciones legislativas, y que continuó con el complicado periodo de la cohabitación.

En el primero de estos periodos, el Partido Socialista formó gobierno con el Partido Comunista, e inició una política de nacionalizaciones y de expansión acelerada que le llevó al borde de la catástrofe. Tras una rectificación radical de rumbo, que acarreó la ruptura con el aliado comunista, el Partido Socialista pasó a la oposición frente al Gobierno conservador de **Chirac**, que practicó una política neoliberal basada en la privatización a ultranza, y ahora ha vuelto al poder en unas condiciones muy diferentes a las iniciales.

La primera gran diferencia entre este Gobierno socialista y aquel de la primera fase es que éste ni se plantea formar una coalición con el Partido Comunista, aunque esta vez la necesita para tener mayoría absoluta, y en la anterior ocasión no la necesitaba. En cambio, **Rocard** es el adalid de la apertura al centro, y, aunque no ha conseguido todavía concretarla de manera sólida, ha formado un gobierno en el que sólo la mitad de sus componentes son socialistas, y la otra mitad procede, en orden disperso, de filas centristas.

Esta diferencia fundamental se debe a una seria reflexión sobre las experiencias anteriores. No se trata sólo de una visión diferente de las mayorías necesarias para gobernar, sino de un programa diferente. Y ambas cosas se deben, a su vez, a la comprensión de que el país también es diferente.

El Gobierno de **Rocard** es el comienzo de un cambio sustancial del sistema político francés, basado, hasta ahora, en una contraposición radical entre dos bloques ideológicamente muy diferenciados. Existe ciertamente la contraposición de un bloque neoliberal y un bloque socialdemócrata, pero lo nuevo es la consolidación política de una amplia zona social en la que ambos bloques se superponen y que, por consiguiente, se disputan electoralmente.

LAS variaciones coyunturales en esta zona social de coincidencia son las que producen los cambios de mayorías, independientemente de que estos cambios se produzcan por el traspaso de votos de un bloque a otro o por la intervención de pequeños partidos, que actúan de bisagras por su capacidad para captar votos cambiantes. Creo que esto es lo que está ocurriendo y va a ocurrir cada día más en los países desarrollados de Europa Occidental, y que, por consiguiente, vamos hacia una creciente uniformización de los sistemas políticos, aunque el sistema de partidos varíe de momento de un país a otro. Esto es, por otro lado, lo que ocurre también en nuestro país, con la diferencia de que el partido o el bloque de partidos de la derecha no son, hoy por hoy, ninguna alternativa y que los posibles partidos bisagras no pueden serlo por falta de un agarradero a la derecha, y sólo pueden esperar algún protagonismo si el PSOE pierde la mayoría absoluta.

El problema de fondo hay que buscarlo en la estructura de nuestras sociedades. Creo que esto confirma la validez de la teoría de la sociedad de los tres tercios, avanzada por la socialdemocracia alemana y desarrollada por sectores de la izquierda europea. Las viejas divisorias de clase social están cambiando, y nuestras sociedades se encaminan hacia una división en tres grandes tercios: uno, formado por los detentadores de los grandes medios financieros, industriales y culturales; otro, el más extenso, formado por la mezcla de nuevos y viejos sectores productivos, comerciales y de servicios, con tendencia a una tumultuosa expansión; otro, constituido por los sectores que tienden a quedarse marginados o que ya lo están. Mientras el neoliberalismo conservador defiende al primer tercio y consigue el apoyo de una buena parte del segundo, dejando al tercero sumido en su marginación, la izquierda se apoya en el segundo, para integrar al tercero y sacarlo de la marginación, al tiempo que intenta controlar al primero. Hay, por consiguiente, un amplio terreno que una y otra opción se disputan, y en el que forzosamente se superponen. Se que esto, dicho así, es una simplificación. Pero creo que el análisis debe ir por aquí si queremos comprender las razones profundas de los cambios políticos que se están produciendo en Europa.

OPUS MEI

JOSEP PERNAU



El 'Meteosat'

ESCUCHÁBAMOS el otro día los lamentos sobre el turismo extranjero que son habituales en esta época.

–**La culpa es del *Meteosat*.**

Y ante nuestra cara de extrañeza, nos explicaron la teoría de que el satélite ha descubierto a los países del centro y del norte de Europa, de los que mayoritariamente procede el turismo extranjero, que no siempre es exacto que en la Europa del sur luzca el sol. Efectivamente, por aquellos días. la depresión y la borrasca cubrían la península Ibérica, y el anticiclón se había instalado sobre la vertical de Fráncfort; y mientras en Barcelona la temperatura máxima había sido de 25 grados, en la ciudad alemana se habían registrado los 27. Aquí caían chuzos de punta, y en Fráncfort lucía un espléndido sol.

¡Terrible comprobación la que han hecho aquellos países, que puede arruinar nuestro futuro! Antes, cuando no existía el *Meteosat*, alemanes,

EDITORIALES

Médicos-policías

LAS primeras declaraciones de los expertos en medicina ante el tribunal que juzga la *desaparición* del *Nani* comprometen gravemente a los médicos *de comisaría* que, en teoría, debieron atender a Santiago Corella y a su compañero Ángel Manzano. Cuando el segundo de ellos fue operado, se le encontraron lesiones que no figuraban en ninguno de los partes médicos realizados en las dependencias policiales. Por sus características, estos daños no podían haber sido causados en el forcejeo de la detención, sino que parecían hechos por una serie repetitiva y sistemática de golpes.

De hecho, los dos médicos de la Policía, que se llaman Pedro Luis Villalba y Luis Felipe Masía, ya quedaron comprometidos ante el mismo tribunal por una declaración de su propio jefe, quien reconoció ante los magistrados que lo normal es que un médico pregunte siempre por el origen de las lesiones que tiene delante, cosa que ya no hicieron.

Al margen de las responsabilidades jurídicas que pudieran recaerles como corresponsables de un delito de tortura, este caso plantea un problema ético que la propia profesión médica debe analizar. La medicina se puede ejercer libremente, en un centro sanitario o desde una institución, pero en cualquier caso un profesional de la medicina debe comportarse como tal, con todas sus responsabilidades y obligaciones. Parece evidente que los doctores Villalba y Masía, aquella noche, se comportaron más como funcionarios de la policía o como amigos personales de los agentes que se sospecha que golpearon al *Nani* y a Ángel Manzano que como médicos. No vieron en ellos a unos seres humanos necesitados de asistencia. Insistimos: además de la Justicia, ¿no debe tomar cartas en el asunto la propia profesión médica?

Trabajo inseguro

TRIBUNA

ROMÁN GUBERN
Catedrático de la universidad Autónoma de Bellaterra. Fue profesor universitario en California. Escritor



Para el autor, el segundo Festival de Cine de Barcelona amenaza con pasar a la historia como una festiva adición de ecos mundanos, que nunca deben eclipsar la mesura y la capacidad de autocrítica. Considera que se amontonan los cócteles, pero no los grandes filmes

Mucho barullo y pocas películas

LOS fastos del Festival de Cine de Barcelona debieran servir para algo más que para los encuentros mundanos, los cócteles y el ambiente de *movida* en una popular arteria de la ciudad. Debieran servir, sobre todo, como acicate para la reflexión autocrítica. Estas fechas constituyen un buen momento para recordar que el cine español nació, como industria, en nuestra ciudad. Y que tras el colapso que supuso la llegada del cine sonoro, los primeros estudios equipados con la nueva tecnología fueron los Estudios Orphea, en Montjuïc, que sirvieron para impulsar la capitalidad cinematográfica catalana en 1932. Luego vino el declive del franquismo, del cual no nos hemos recuperado todavía.

Nuestro viejo festival, que vivía en el gueto de alta cultura de Montjuïc, ha descendido al centro de la ciudad. Enhorabuena. El índice de asistencia del año pasado evidenció que tenía poder de convocatoria y que se estaba en el buen camino. Pero quedan, claro está, muchas cosas por pulir, que suponemos que se irán limando. El año pasado, por ejemplo, se rindió homenaje a **George Sidney** sin mentar siquiera a uno de sus más ilustres colaboradores, nuestro **Xavier Cugat**, que se hallaba en la sala durante el acto. Y en un coloquio internacional, en el que participaban profesionales de Madrid, se omitió la traducción simultánea al castellano en beneficio del catalán.

Este año se ha organizado un homenaje a los profesionales represaliados por la *caza de brujas* de McCarthy y se ha cometido la torpeza estratégica de incluir entre los invitados a **Edward Dmytryk**, que luego se convirtió en delator. Resultado lógico: los delatados invitados no quieren compartir la misma mesa redonda con el delator. Conflicto diplomático que habrá que sortear como mejor se pueda.

Los fastos mundanos no han de eclipsar el sentido de mesura y la capacidad autocrítica. No es ningún secreto a estas alturas descubrir que lo más selecto de la producción mundial va a parar a los festivales de Cannes, Venecia y Berlín. Para los demás sólo quedan unas migajas y gracias. El festival ha intentado hacer de esta carencia una virtud, al especializarse en la ancha franja de las *óperas primas*, que pueden ser interesantísimas, pero que ofrecen un abanico de nombres en los que predominan los ilustres desconocidos. Hay que saber ponderar lo bueno y lo malo de esta opción y valorarla en su justa medida, sin triunfalismos desorbitados.

Desde dentro, los fastos mundanos pueden ocultar todos los lunares que comentamos, pero quienes llevan el timón y tienen la obligación de informar no pueden desconocerlos. Por ejemplo, la alharaca mundana en torno al festival puede producir la impresión de que se trata de un evento internacional de primera magnitud. Pues bien, yo recibo una buena cantidad de prensa cinematográfica de todo el mundo y no recuerdo haber leído ni una sola reseña sobre nuestro bullicioso evento. Este eclipse informativo se subsana, simplemente, enviando unas cuantas invitaciones pagadas a corresponsales extranjeros. Es muy simple y está inventado desde hace muchos años.

Y, por último, recordar que el cogollo de un festival de cine lo constituyen las películas, más allá del barullo mundano y de los cócteles. Y recordar que vivimos tiempos flacos en la cinematografía mundial, acá y acullá. Las obras maestras escasean y los filmes de **Fellini**, de **Rohmer**, de **Woody Allen**, de los **Taviani**, de **Scorsese** o de **Scola** van a Cannes, Venecia o Berlín, pero no vienen a Barcelona. Hemos de recoger lo que otros dejan en el festín de los grandes festivales. Paciencia; por eso se ha apostado por el cine joven, que tiene su público natural en los jóvenes. Es una decisión casi obligada, pero no necesariamente desacertada.

EL festival ha llegado con el verano, con el tiempo de playa, con la ropa ligera y cuando los cuerpos piden guerra. En mi mesa se amontonan invitaciones para cenas, comidas y cócteles con motivo del festival. Maravilloso, porque Barcelona es un gozo por esta época. Pero recordemos que un festival de cine no constituye sólo una secuencia de fastos mundanos.